

# UN ESTILO FRENTE AL MICRÓFONO

por JOSÉ NATIVIDAD ROSALES / febrero de 1968

Jornadas que se inician a las 4 de la madrugada. El periodista de la prensa no es el de la televisión.

“Sufro una tremenda tensión nerviosa antes de cada noticiario”. El sencillo arte de improvisar con experiencia y sabiduría

Cualquiera que sea su profesión, Presidente de la República o cardenal; o su oficio, albañil, campesino, obrero o pescador, usted ha oído a Jacobo Zabłudovsky alguna vez. Tiene una profesión bíblica. Es Gabriel, el arcángel que lanza las noticias. Alguna vez ha hablado como Isaías: con fuego en los labios. Ha traído a este trozo del universo, entre los paralelos 20 y 40, la pequeña exaltación del hombre cuando pisó la Luna y la angustia de uno de sus más profundos abismos: cuando mataron a Bob Kennedy. Se levanta a las cuatro de la mañana y, antes que el Sol, le toma el pulso al mundo. ¿Un terremoto? ¿O arreglo de las negociaciones en París? ¿Cese de la guerra de Vietnam? ¿Agudización del conflicto árabe-israelí? Dio clases de periodismo en la Universidad y los muchachos, ensoberbecidos, engallados por lo que creían un triunfo, lo despidieron. Hoy le piden que vuelva. Y no puede. Ni quiere. Mejor, desde temprano, se planta ante el micrófono y la cámara y con un título de licenciado que no le sirve de respaldo, pero con una cultura y un oficio adquiridos en 25 años de hacer radio y televisión, habla a 8 millones de seres, diariamente, o fuere a más de 250 millones cada año. ¡Ni el Presidente de la República ni el cardenal tienen tal auditorio! ¡Qué responsabilidad la de Jacobo!

—¿Y es que la hay entre la palabra escrita y la hablada? ¿Qué dices, Jacobo?

—No. Cada una tiene su lugar. Cada una su función. La de la televisión es más rápida. Sacia, de inmediato, la sed de historia. Tiene la virtud de la simultaneidad con los hechos históricos. Mas la palabra hablada tiene y ha tenido siempre la virtud de estimular a la escrita. La antecede, pero no la borra. Cristo o Mahoma hablaron y después se escribieron el Evangelio y el Corán. Más cercanamente, cuando se produjo el funeral de Robert Kennedy, al día siguiente se vendieron más periódicos que lo ordinario. La palabra escrita permanece. Se puede consultar y releer, lo cual no sucede con la hablada. No. La televisión no



puede desplazar al periódico y a la revista. Todo es cuestión de que los editores agilicen sus medios. Los diarios no pueden, no deben narrar lo que la gente ya vio en la televisión. Mejor deben interpretar el hecho.

—Y si la palabra hablada tiene la fuerza de la simultaneidad, en ese momento la escritura es la imagen. Ésta escribe en blanco y negro, como una página blanca y su tinta encima. La palabra escrita tiene más permanencia, pero necesita un almacenamiento exterior a la mente humana, lo cual no sucede con la hablada.

—¿Y cuál es una de las mejores virtudes de la televisión, aplicable al periodismo escrito?

—La síntesis. Nosotros, los comentaristas, debemos producir tal número de palabras en un tiempo movetizo. Cuando el lector toma la plana del periódico está deteniendo al tiempo, lo cual no puede hacer ante la televisión. La noticia de la creación del mundo fue escrita en el Génesis en 90 palabras. ¿Cuál más importante se ha producido después de grandes extensiones de palabras que valga la pena?

—¿Y hay objetividad en lo que se dice? Es que ¿como no queda constancia!

—¿Y la hay en lo que se escribe? El hombre es un ser desamparado que necesita examinar con diversos instrumentos la realidad. Uno es la dialéctica. Pero la realidad que obtiene es cambiante. Lo objetivo es lo que tiende a ser más verdadero. Pero cuando se está engolosinado con tal verdad, ésta ya cambió.

—Y aun cuando no es cierto, como dicen algunos malintencionados, que la gente de radio y televi-

sión no piensa, que adviertan ellos que nosotros no nos sentamos ante una máquina, reflexionando ante una cuartilla, corrigiendo, borrando y cortando. Que no tenemos un jefe de redacción, un director ni un corrector de pruebas. Si teniendo todo eso, aun así se publican muchas tonterías, ¿por qué ser tan rigurosos con los que hablamos, aplicándonos el antiguo *loquiste!*, *veritas dixisti?* ¿Hablaste y dijiste la verdad? Convenzámonos de que, ahora, la verdad es relativa y de que la objetividad es un valor subjetivo.

—Y con los 25 años que acabas de cumplir como comentarista de radio y televisión, Jacobo, ¿no has perdido la virginidad de la emoción?

—No se puede. Cada mañana, después de haber jerarquizado las noticias cuando me enfrento al micrófono, me empiezan a sudar las manos de nerviosismo. Cada vez que paso un programa sufro una tremenda presión nerviosa incontrolable. Cuando lo termino es como haber caminado 20 kilómetros y te hago la comparación porque suelo caminar 12, de mi casa a la oficina, acompañado por mis hijos. El programa dominguero de 6 horas equivale a estar en una cámara de torturas y cuando lo termino me meto a la cama hasta el día siguiente. ¿Sabes que ahora transmito sábados deportivos? Lo cierto es que, aun cuando no sé de deportes, me pongo en el caso de millones que saben poco o nada. No hago como los críticos que saben todo, regañan al futbolista porque no metió el gol o al boxeador porque no aplicó un *jab* imaginado por ellos. La verdad es que me encanta mi oficio. He encontrado que la palabra en México es un factor de integración. Dada la facultad visionaria de Pepe Represas, hago un noticiario tempranito, en la mañana, que sirve de periódico a las gentes que se disponen a ir a trabajar. ¿Sustitución? ¿Es que no sabes que el diario llega a Tlalnepantla a las 12 del día? Luego la gente me escribe desde los lugares más lejanos. Se siente unida a México entero. Sé que no hablo a una entidad abstracta que se llama “auditorio”. Siento su presencia real y hasta cercana. He introducido la innovación de un teléfono. La gente me corrige y me puntualiza, ya que siempre hay alguien que sabe más que yo de la materia que trato. Pero olvidemos un poco eso. ¿Te acuerdas, desgraciado, cuando comimos ratas en el mercado de Alacitas, en La Paz, Bolivia?

—Sí. Pero olvidemos eso. Mejor dime, ¿de dónde te viene tu afición a la pintura?

—No olvides que mi mundo es de imágenes y de palabras. En mi subconsciente tengo líneas, colores, grabados y pinturas. El primer Cuevas tenía meses en Misrachi. Lo adquirí en 600 pesos en abonos mensuales de 100. José Luis vendía en Estados Unidos pero no aquí. Cuando vino quiso conocer a quien compraba sus cuadros y fue así como comencé una gran amistad. Creo, profundamente, en su valor. Es el artista joven más grande de México y uno de los grandes del mundo. Pero además tengo 12 Siqueiros y 3 Riveras, uno de los cuales me fue regalado por Cantinflas. Acabo de comprar un Chagall, chiquito. Poseo algunos



UNA PRESENCIA cotidiana en millones de hogares. Eran los años sesenta, cuando alternaban los comentaristas Zabludovsky, Paco Malgesto y Miguel Alemán Velasco, en los estudios de Telesistema Mexicano

Tamayos, uno de los cuales me lo quiere comprar Olga, su esposa, ya que fue pintado sobre tela de colchón. Es de 1925. Y además, de mis muros cuelgan dos Dalís y muchos Reyes Ferreira. Junto a un magnífico retrato de Ben Gurión figuran en mi lista un Schmill, más cuadros de García Ocejo, de Messeguer y 2 o 3 Bassis. Mis cuadros son placeres que no se me consumen como el coñac o los manjares. Son, además, insuperables maestros de educación estética para mis hijos.

Y Jacobo, rubio, desdeña sus dos carros modernos y sus dos antiguos para caminar a pie. Colecciona ceniceros robados en hoteles, los que, después, mete en una tina de latón. Lee a raudales. El último libro de Jorge Luis Borges —dedicado— lo trae en la cajuelita del coche, donde otros traen la pistola envuelta en franela. Ha escrito tres libros y editado un disco.

Y acaba haciendo una declaración esperanzada sobre el hombre: "No morirá. No moriremos. Siempre hemos estado al borde de la barranca, en el filo de la navaja. Cada pleito acerca la paz definitiva, que es nuestra vocación eterna. Matar la guerra y guerrear al odio son tareas indispensables. Pero por encima de la muerte, el amor triunfará".

El periodismo vivido como pasión, como lo vive Jacobo Zabludovsky, es una constante exigencia; llega a convertir en cotidiana preocupación "el no perder la noticia; tenerla antes que nadie, sea la que sea". Obliga, incluso, a establecer una costumbre diferente en el hogar, una especial forma de vivir: "Mi esposa la acepta. Para ella es una ventaja, sabe siempre dónde estoy. En cuanto a los hijos, siempre que puedo evito comer fuera de casa y procuro pasar el mayor tiempo posible con ellos. Tengo tres hijos, dos chicos de 13 y 14 años y una niña más pequeña". La exigencia profesional imprime un ritmo diferente a la vida familiar, pero ni la obstaculiza.

El noticiero de 7:30 de la mañana supone dos horas anteriores de trabajo; los que lo realizan han tenido que cambiar su forma de vida. Zabludovsky no puede evitar algunos compromisos nocturnos: "pero cuando puedo rechazarlos los rechazo, y así, generalmente, me acuesto muy temprano, a las 9 de la noche, leo una o dos horas pero a más tardar a las once ya estoy acostado. Así es fácil levantarse a las 4, no hay ningún problema".

—Y, Jacobo Zabludovsky qué ha sentido que tiene más éxito: ¿su presencia, su voz o su preparación?

—Sin que se considere falsa modestia, para mí el mayor éxito es el trabajo mismo. Es decir, el estar aquí a las cinco de la mañana, con los muchachos con los que hago el noticiero, ése es mi verdadero éxito; ya cuando aparezco ante las cámaras...

—Sin embargo usted improvisa...

—Aparentemente, mientras más parezca improvisado, más lo preparo. Esto es lo que me da seguridad en lo que digo y, entonces, puedo aparentar que me equivoco.

—Hace días estuve en Guadalajara en un acto que se transmitía a control remoto. Yo subí a la tribuna porque era invitado. Me dice un amigo que manejaba la transmisión: entra al micrófono, hazte cargo, improvisa. Pero yo improviso cuando lo tengo todo preparado, no así. Yo no acepté; porque siento que es una gran responsabilidad tener un micrófono y empezar a decir tonterías. Y no hay derecho que uno diga tonterías consciente de que las va a decir. Cuando los funerales de Kennedy se supone que iba a transmitir hora y media y duró la transmisión nueve horas. Y yo estuve hablando 9 horas, pero lo pude hacer porque iba muy preparado.

—Dentro de mis satisfacciones un poco vanidosas está el Premio Nacional de Periodismo que me dio el licenciado López Mateos, en 1959, cuando regresé de entrevistar a Castro Ruz. Por cierto, en esa ocasión el Che Guevara me dio una buena lección. Era, entonces, sólo un oscuro partidario de Fidel Castro, su figura no se había agigantado. Fue, también, cuando yo escribí en *Siempre!*: de todos estos jóvenes barbudos, el único que sabe a dónde va se llama Ernesto Guevara y le dicen el Che. El tiempo ha demostrado que yo tenía razón.

—Hablé con el Che. No se sabía a dónde se dirigía la Revolución cubana y estábamos influenciados por un periodismo que se dejaba llevar por las apariencias: las barbas, la suciedad. Yo le pregunté: ¿cuándo se rasura?

—No puedo olvidar la contestación. Me dijo: De modo que hemos hecho una revolución, de modo que vamos a transformar este país; que hemos derrocado a un tirano; de modo que usted viene desde México para entrevistarnos y lo único que se le ocurre es preguntar: cuándo vamos a rasu-

rarnos. Todo esto lo consigné en mi artículo porque era quizá lo que mejor retrataba al entrevistado.

Las fotos de la pared son una galería de personalidades nacionales y mundiales. Hay gafetes, credenciales de las actividades que ha cubierto: la toma de posesión de Nixon, el entierro de los Kennedy, el 50 aniversario de la Revolución bolchevique, del centro espacial de Houston. Hay además recuerdos halagadores.

—Gracias al nombramiento que me dio el licenciado López Mateos de jefe de radio y televisión de la presidencia, cargo que creó al llegar al poder, tuve la oportunidad de acompañarlo en sus viajes. Una mañana López Mateos, un grupo de trabajadores de la vía y yo estábamos junto a una hoguera a la orilla de la Barranca del Cobre, en Chihuahua, comiendo tacos y platicando. Fue, en todos sentidos, una serie de experiencias inolvidables.

Fue el único periodista de radio y televisión que estuvo en Punta del Este invitado especialmente por el presidente Díaz Ordaz. Echeverría le dirigió la tesis profesional.

—Como mi tesis era sobre los aspectos jurídicos de los medios de comunicación audiovisual pedí su ayuda. Y él, con un gran interés, me orientó y le dedicó muchas horas. Él le puso el nombre y cuando la tenía terminada, antes de imprimirla, fui a su casa un domingo en la mañana, y la leyó toda en voz alta para que la escucháramos y corrigiéramos.

—¿Usted sabe algo de política?

—No sé nada. Pero sí creo que es una obligación de todos nosotros participar en política. Nadie puede abstenerse, nadie puede decir soy apolítico. El depositar un voto es una obligación y un derecho y nadie debe abstenerse de hacerlo. En cuanto a la política como actividad es una ciencia que requiere todo el tiempo de una persona.

—¿Cuál considera que es su fuerte?

—Ninguno. Me interesa todo, como noticia. Me pasa que todo el mundo cree que soy un experto. Transmití las primeras carreras panamericanas de coches y todo el mundo me hacía preguntas de mecánica, pero resulta que no sabía nada de esto.

—¿Por qué es tan hermético respecto a su persona?

—Creo que a nadie le interesa.

Nació en la ciudad de México en 1928. Cursó la carrera de Derecho, y muy joven se incorporó al medio periodístico radiofónico y televisivo. Fue jefe de información de la radiodifusora XEX, y director del Noticiero General Motors (1950) del Canal 4. Ha sido conductor de los programas informativos *Primera Plana*, *Telemundo*, *Diario Nescatá* y más recientemente *Contrapunto*, *Hoy Domingo* y *24 Horas*, entre otros. Fue coordinador de Radio y Televisión (1958-64) de la Secretaría de la Presidencia. Es director general de los noticieros de Televisa. Ha sido colaborador entusiasta de las publicaciones: *Claridades*, *El Redondel* y *Siempre!*, entre otras. Es autor de varios libros, de los que cabe destacar: *La conquista del espacio*, *Charlas con pintores* y *En el aire*. Ha obtenido el Premio Nacional de Periodismo (1983), y el Internacional de Periodismo Rey de España (1986).